

El Problema Ambiental y el Estilo de Desarrollo

Augusto Angel
Profesor Facultad de Ciencias Humanas.
Universidad Nacional.

1. Es posible el desarrollo?

La toma de conciencia de la problemática ambiental en el decenio de los sesenta, planteó sorpresivamente la duda sobre la posibilidad de sostener el ritmo de desarrollo alcanzado por los países industrializados. El gigantesco crecimiento de la plataforma tecnológica obtenido durante el presente siglo, pero especialmente desde la última guerra mundial, estaba empezando a encontrar los límites, impuestos por la estructura misma de la vida. Ya Kenneth Boulding, siguiendo las tesis clásicas del malthusianismo económico, había planteado a finales de la segunda guerra mundial la posibilidad de una crisis del desarrollo, puesto que el crecimiento productivo se da en un sistema cerrado de recursos finitos. Sin embargo, las amenazas neomalthusianas de Boulding caen en el vacío del optimismo, planteado por Collin Clark, Rostow y los investigadores del Instituto Hudson.

La crisis del petróleo vuelve a replantear la duda sobre las posibilidades del desarrollo abierto que Boulding había caracterizado como la economía del Cow-Boy. Heilbroner reedita las tesis de Boulding, enmarcándolas en un contexto ambiental. Heilbroner cree que ya se han superado los límites del sistema cerrado, tanto por razón del crecimiento poblacional, como por el proceso entrópico de la contaminación producido por el desarrollo industrial. Si se quiere conservar la vida es indispensable renunciar al desarrollo.

Estas tesis se concretaron en diferentes movimientos sociales que tomaron como insignia el lema del Crecimiento Cero. En diferentes modalidades, se adhirieron a este rechazo colectivo, el Sierra Club de San Francisco, el Council of Population and Environment de Chicago, el Zero population Growth de California e incluso el grupo del Ecolo-

gist. Las tesis fueron sustentadas igualmente por el biólogo Ehrlich, el agrónomo Dubos y el antropólogo Conmonner. Sobre estos presupuestos y rodeadas de esta atmósfera de pesimismo, se inician las investigaciones que el Club de Roma confió a los investigadores del Massachusset Institut of Thechnology, cuyo informe fue publicado en 1972 o sea, el año en el que los delegados de los países se reunieron en la primera Conferencia Internacional sobre el Medio Ambiente Humano.

2. Los compromisos de Estocolmo

No es de extrañar, por tanto, el ambiente que se respiraba en Estocolmo y que empezó a manifestarse en las reuniones preparatorias. En ellas, los delegados del Tercer Mundo se encontraron súbitamente enfrentados a la extraña exigencia de frenar la incipiente carrera hacia el desarrollo, si se quería preservar la estructura de la vida. Era lógico que los delegados se mostrasen reacios a aceptar las tesis del crecimiento cero. Las discusiones fueron arduas y los países en vías de desarrollo impusieron su propia perspectiva, que involucraba la pobreza como una de las causas del problema ambiental.

Las deliberaciones de Estocolmo se debatieron, por tanto, entre los dos extremos: los límites ambientales del desarrollo y los peligros que acarrea la pobreza en la destrucción del medio. Estos compromisos explican muchas de las contradicciones tanto del Informe de Founex, como de las conclusiones de Estocolmo. De hecho ambas rechazan enfáticamente las tesis del crecimiento cero y se adhieren subrepticia o explícitamente al modelo tecnológico de desarrollo impulsado por los países industrializados. Llega a verse, incluso, en el desarrollo mismo, la solución a los problemas ambientales.

Las objeciones que los países del tercer mundo planteaban a la posición ambientalista generada en los países industrializados, no provenía, por tanto de la concepción de un desarrollo alternativo, sino del apego a los esquemas heredados o impuestos por los mismos países industrializados. No asoma ni siquiera la duda de que tal desarrollo sea o no viable o deseable. Se acepta como un dogma o como un axioma. La burocracia internacional de Estocolmo no se plantea el desarrollo como un proceso de acumulación o de traspaso masivo de recursos desde los países pobres a los países industrializados, proceso que se inicia en la etapa colonial. La pobreza se considera, por tanto, como un estado original, debida a condiciones históricas y geográficas, pero que puede ser superado con el trabajo tesonero.

Los delegados están subyugados por la teoría de Rostow y de la corriente optimista de la economía, que percibe el desarrollo, como una meta alcanzable de libre escogencia. Los análisis de Marx sobre la acumulación originaria del capital no habían hecho mella en la orientación de la política tercermundista. En acuerdo con el texto fundamental de la conferencia, preparado por Ward y Dubos, consideraban que la tierra era una sola, pero no percibían las hendiduras abiertas, sino como un pasajero problema temporal. El desarrollo se concebía más bien como el fruto de la ética calvinista del esfuerzo personal, que como el resultado de la acumulación y de la reproducción del capital. Tampoco comprendían, sino de manera muy matizada y circunspecta, las consecuencias que el desarrollo de los países industrializados generaban directa o indirectamente sobre los recursos del tercer mundo. En esta forma, la conclusión no podía ser otra que la de exigir unas cuantas modificaciones al estilo actual de desarrollo, para corregir las consecuencias más nefastas sobre el entorno y aconsejar a los países pobres que en su camino, las evitasen.

3. Cocoyoc o la tierra dividida

La moderación de Estocolmo fue superada dos años después en el Seminario Internacional de Cocoyoc, sobre Modelos de Utilización de Recursos, Medio Ambiente y Estrategias de Desarrollo. Por una parte, se trataba de técnicos cuyas deliberaciones no comprometían políticamente a los gobiernos de sus países y, además, el tema iba dirigido específicamente a plantear el problema del desarrollo desde el punto de vista ambiental. Las conclusiones de Cocoyoc se definen por una visión decididamente política del problema ambiental y por primera vez se establece la exigencia de un desarrollo alternativo para los países del tercer mundo. De acuerdo a la opinión de los expertos, el problema ambiental no surge de una supuesta escasez de recursos, sino de su desigual distribución. Además, el desarrollo de los países industrializados se plantea como resultado de la explotación colonialista y del saqueo de los recursos del tercer mundo, camuflado en las supuestas leyes de la competencia. El nuevo desarrollo al que deben aspirar los países del Tercer Mundo debería tender no a la saturación del consumismo ni al crecimiento del producto bruto, sino a la satisfacción de las necesidades básicas de la población y al crecimiento armónico que tenga en cuenta la resiliencia de los ecosistemas. El objetivo del desarrollo debe ser el hombre y no los objetos materiales ya que el crecimiento no es un objetivo en sí mismo, sino un instrumento que debe ser puesto al servicio del hombre. Un desarrollo definido en estos términos, implica, por fuerza, una mayor descentralización productiva. Los modelos que se proponen, no pueden ser configura-

dos tecnológica y culturalmente, desde el centro de los países desarrollados. Cada estilo debe encontrar las formas más adecuadas de organizarse dentro de las condiciones ambientales propias de cada región. La propuesta del Cocoyoc es, en consecuencia, una crítica al hombre unidimensional organizado en moldes precisos desde el centro de las decisiones. Es un llamado a la heterogeneidad cultural, tan importante desde el punto de vista ambiental como la heterogeneidad genética.

4. Desarrollo contra calidad de vida

Lo que ha implicado el proceso civilizatorio dentro del capitalismo es, en efecto, la reducción de la riqueza múltiple de la vida en todos sus aspectos. El problema ambiental no se plantea solamente desde el punto de vista cuantitativo, medido por la vida o por la muerte, sino desde la calidad, que significa la heterogeneidad y las posibilidades creativas de selección. Es esta gama de la creatividad individual y social la que se ha ido perdiendo igualmente en el túnel uniforme del desarrollo. La libertad está siendo hipotecada a la productividad cuantitativa de mercancías. La homogeneidad industrial ha ido reemplazando las funciones diversificadas e independientes del artesano y la cultura ha empezado a impartirse también en paquetes codificados desde los medios de comunicación de masas.

La preocupación ambiental ha recogido también estas corrientes de descontento, que provienen sobre todo del campo de las ciencias humanas y que plantean una crítica a la calidad del desarrollo. El poder tecnológico se enmarca dentro de un estilo de desarrollo uniforme o lo lleva hacia allá y el límite de ese proceso de homogenización no puede ser sino la desaparición progresiva de la autonomía en todos los campos. La Escuela de Frankfurt ha venido planteando la crítica al manejo tecnológico del hombre desde el punto de vista filosófico. Ivan Illich ha analizado la manera como la educación se convierte igualmente en una máquina homogenizante. El Cine, como expresión artística desde Chaplin hasta Ping-Floyd ha intentado despertar la conciencia del hombre unidimensionado. La literatura moderna desde Kafka hasta Musil plantea el problema del hombre sin calidad.

5. La ciudad como entropía

Esta forma desarticulada de desarrollo se percibe con mayor claridad en las grandes aglomeraciones urbanas. La ciudad moderna construida sobre la base del asfalto y el automóvil es una inmensa

máquina de entropía. Recoge los recursos de los más variados ecosistemas, los consume, y evacúa los desechos convirtiendo la naturaleza en una gigantesca alcantarilla. Allí se aglomera la producción industrial, el poder financiero y las grandes masas de desplazados. Allí, por consiguiente se concentra la violencia institucional, junto al anonimato, los barrios marginados junto a las torres del poder.

Sin embargo, el problema de la ciudad es diferente en el centro y en la periferia. Los países ricos han logrado estabilizar el crecimiento poblacional urbano que pasó a ser una característica de los países pobres. Sin embargo, en estos la ciudad no crece al mismo ritmo del desarrollo. En América Latina, el crecimiento de la población urbana ha mantenido tasas superiores de crecimiento relativo al desarrollo de la producción. Un porcentaje cada vez mayor necesita desplazarse al terreno inseguro de la economía informal, que es una discreta metáfora para disfrazar el desempleo. La modernización de la agricultura arroja a los desplazados en el seno de una ciudad improductiva, que crece más por el hacinamiento tugarial que por un desarrollo planificado.

El Estado, igualmente pobre que la sociedad, no logra solucionar sino un porcentaje mínimo de los crecientes problemas ambientales. Sólo la descontaminación de la atmósfera, y de las fuentes de las aguas exigiría gastos demasiado elevados para los presupuestos municipales. Ello sin mencionar el incremento y mantenimiento de las áreas verdes, el abastecimiento de los servicios básicos de agua potable y alcantarillado y sobretodo, la construcción de una vivienda digna. Con las elevadas tasas de crecimiento del PIB que se mantuvieron durante las décadas posteriores al año cincuenta, los países de América Latina no lograron solucionar los problemas inherentes a un rápido proceso de urbanización. Con la perspectiva de la crisis el panorama tiende a ensombrecerse. La ciudad no parece haber sido, por tanto, la portadora del bienestar, sino para una minoría que concentra los frutos del desarrollo e incluso a ella la inseguridad urbana no le permite disfrutar los beneficios de su situación privilegiada.

6. La estructura deformada del desarrollo agrario

Un rápido análisis de la estructura de la producción agrícola lleva a conclusiones similares. Gracias a la tecnificación creciente, la producción agropecuaria ha crecido a ritmos superiores al crecimiento poblacional a nivel mundial. Sin embargo, este dintel optimista del análisis encierra más de una ambigüedad. La alimentación proteínica tiende a concentrarse cada vez más en los países desarrollados y la

desnutrición en los países pobres. En 1985 se logró una producción mundial de granos de quinientos kilos per cápita, suficiente para alimentar una población mucho mayor que la presente. Sin embargo, la desnutrición ha crecido a un ritmo todavía mayor. En el último cuarto del presente siglo, el número de desnutridos pasará de 500 a 1.300 millones. La estructura de la producción agraria, dentro del presente estilo de desarrollo no está diseñada para satisfacer las necesidades biológicas del hombre. La modernización de la agricultura de los países pobres se ha enrutado más bien a productos de exportación que generen divisas para estimular un supuesto desarrollo. La plusvalía generada se hace visible en los edificios ostentosos de la ciudad o en la producción de artículos superfluos para una sociedad de consumo. El hambre de unos genera la ostentación de otros.

7. La crítica ambiental al desarrollo socialista

Desde estas y otras muchas perspectivas se ha venido planteando la crítica a los estilos de desarrollo del capitalismo central y dependiente. Estas críticas han sido acogidas y desarrolladas por la visión ambiental que pretende sistematizar las perspectivas dispersas, dentro de un paradigma estructurado alrededor de la relación de la sociedad con su base de sustentación ecosistémica. Desde este ángulo también se ha enfilado la crítica contra el socialismo real. La crítica ambiental, sin embargo, se ha extraviado en ocasiones en los vericuetos improductivos y antihistóricos de una tercera vía, que arroja en un mismo saco cualquier forma de organización social, sin comprender las especificidades de cada modo de producción.

El desarrollo socialista, en efecto, no puede parangonarse, sin matices con el capitalismo, desde la perspectiva de una crítica ambiental. Es cierto que el socialismo real optó por el Marx desarrollista, contra el Marx humanista y bajo el férreo régimen de la dictadura proletaria estímulo ante todo el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, desde el punto de vista del impacto sobre los ecosistemas y de la satisfacción de las necesidades básicas, no es identificable con el modo capitalista de producción. El capitalismo de Estado genera otro tipo de conflictos socioambientales y su racionalidad centralizadora tiene muy poco que ver con el consumismo competitivo de la economía de mercado.

Por otra parte, los diferentes esquemas de desarrollo adoptados por los distintos socialismos, tampoco pueden confundirse dentro de una crítica indiferenciada. El modelo descentralizado de la comuna

china ha sido visto por ambientalistas como René Dumont no sólo con benevolencia, sino con positiva aceptación. En muchos sentidos, representa o representaba un ideal de desarrollo armónico de las fuerzas productivas, con una gran economía ecológica y una productividad suficiente para satisfacer las necesidades básicas de la cuarta parte de la población mundial. La descentralización y la íntima vinculación entre producción agraria e industria incipiente, permitió desarrollar como en ningún país tecnologías alternativas eficientes y adecuadas a los ecosistemas. A pesar de las críticas que puedan hacerse a la revolución cultural, el ambientalismo tiene que reconocer en ella un esfuerzo por romper el elitismo científico y el deseo de acercar la ciencia a las necesidades concretas de un desarrollo alternativo. Logró desterrar el analfabetismo y proporcionar un extenso servicio de salud rural, que no ha alcanzado ningún otro país en desarrollo.

8. Ecosistema individuo y organización social

Las críticas recogidas o plarteadas por el ambientalismo a los estilos de desarrollo se centran por consiguiente en dos aspectos básicos: por una parte, rechaza la racionalidad de un desarrollo abierto, que no tiene en cuenta la dinámica de los ecosistemas. Por otra, critica la desigual distribución de los recursos que no es otra cosa que el expolio de los países pobres y la saturación proteínica de los ricos. Un nuevo estilo de desarrollo, concebido desde la perspectiva ambiental, debe, por tanto, consultar no solamente el equilibrio ecosistémico que permita la continuidad de la vida, sino igualmente las formas de organización social de la producción que asegure la calidad de vida para toda la población y haga posible una producción sostenida.

El ambientalismo no es un romanticismo de la naturaleza. La vida para el hombre tiene significado por la posibilidad de su disfrute. La categoría hegeliana del goce inmediato, como última etapa de la dialéctica, significa que el desarrollo, concebido de manera integral, debe buscar como objetivo básico, no el crecimiento mecánico de las fuerzas productivas, sino el perfeccionamiento cualitativo de la vida misma. Esta posibilidad del pleno disfrute individual cobija no sólo las satisfacciones biológicas básicas, sino igualmente el acceso a la cultura y el disfrute de las múltiples posibilidades de la comunicación humana. El individuo, como último eslabón de las relaciones sociales, es el verdadero objetivo del desarrollo. Como lo expresa Marx en los Manuscritos, el desarrollo debería significar "el retorno total, consciente y logrado dentro de toda la riqueza del desarrollo anterior, del hombre para sí como un hombre social, es decir humano". El logro

de este objetivo es “la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza. . . entre la necesidad y la libertad”.

9. Desarrollo alternativo y ambientalismo político

Sinembargo, si el individuo es el soporte de la felicidad y por consiguiente debe ser el objetivo del desarrollo, el camino es necesariamente la organización política de la sociedad. El individuo no es más que la condensación de las relaciones sociales. El soporta sobre su epidermis la armonía o la contradicción que se teje en el seno de la competencia social. El individuo manifiesta en sus comportamientos ideológicos las pautas reglamentadas de la sociedad. Los estereotipos entre los que puede escoger son limitados y en muchas oportunidades el individuo atrapado no tiene más salida que la agresión contra el medio natural. Lo ambiental no es un problema que se resuelva solamente con el esfuerzo moralista de una ética individual. Si la reforma de los comportamientos es indispensable, lo es igualmente colocar las bases sociales para lograrla. El colono que depreda el bosque no lo hace por un simple capricho voluntarista, sino porque el laberinto social no le ofrece salidas alternativas.

Por estas razones, lo ambiental si se entiende como la exigencia de un nuevo desarrollo, debe situarse en el nivel decisorio de lo político. No son muchos, sinembargo, los ambientalistas que lo comprenden desde esta perspectiva. La mayor parte prefiere refugiarse en el romanticismo ecologista que generalmente coincide con el planteamiento moralístico basado en el respeto a la naturaleza. Este ecologismo respetuoso no logra entender la actividad tecnológica del hombre sino como una caprichosa agresión a la naturaleza y por lo general prefiere que la evolución se hubiese detenido en los primates, sin desembocar en la riesgosa aventura de la plataforma instrumental. Mejor aún, ni siquiera comprende que la tecnología es el resultado del proceso evolutivo y la concibe más bien como una invención artificial del hombre o como un regalo generoso de los dioses.

9.1 Teoría del desarrollo en el ambientalismo oficialista.

Los que aceptan la necesidad de una acción ambiental en el terreno de la decisión política, no siempre están de acuerdo en la exigencia de un nuevo desarrollo. En los países industrializados, las corrientes oficialistas entienden la actividad política más bien como la exigencia de introducir ciertas reformas legislativas y administrativas que velen por la preservación del medio ecosistémico, sin transformar la

racionalidad de la estructura productiva. La política ambiental se resuelve así como un paliativo o una terapia a las distorsiones ambientales ocasionadas por el desarrollo. Ante las posiciones radicales del crecimiento cero, que podían sumergir la viabilidad de la acción ambiental, se ha preferido optar por una conciliación reformista entre desarrollo y ambiente.

9.2 El modelo anarquista

El ambientalismo oficial ha querido borrar cualquier indentificación posible con las posiciones radicales nacidas en los márgenes de la contracultura. Es allí, en efecto, donde han tomado origen muchos de los movimientos que rechazan los estereotipos del actual desarrollo. Casi todos ellos, confluyen por fuerza en posiciones anárquicas que rechazan cualquier centralización del poder. Incluso como lo ha hecho el padre del anarquismo ambientalista norteamericano, Bookhin, se acude para la justificación del anarquismo a la comparación con la estructura ecosistémica, tomada como ejemplo para la futura organización de la sociedad. De acuerdo a las teorías del anarquismo, el ecosistema se organiza en una red de relaciones simbióticas, rechazando cualquier forma de dominio autoritario. Es cierto que las investigaciones ecológicas han demostrado cada vez más con más claridad que la competencia no es la ley dominante en el proceso evolutivo, sino la organización de las funciones dentro del conjunto ecosistémico. Sin embargo, el traslado acrítico de los esquemas de organización ecosistémica al espacio social no deja de ser una forma de reduccionismo.

9.3 El neotribalismo

La mayoría de las corrientes del ambientalismo político en los países desarrollados, se orientan más bien por lo que O'Riordan ha llamado el neotribalismo. La característica común de estas tendencias es la exigencia de la descentralización en la producción y consecuentemente en las decisiones políticas. Dentro de esta tendencia, cabe, sin embargo, una gama de posibilidades. La descentralización se puede agitar desde el radicalismo liberal de viejo cuño, que propende por el desarrollo utópico de la libertad contra cualquier forma de autoridad centralizada. Su posición puede llegar a rozarse con el anarquismo como en Bookhin o Rossack o con el esquema arcaico de la polis griega, como en Hall. Otros se inclinan más bien al modelo socialista de la comuna china, como el mismo Heilbroner o Dumont, por el hecho de que conjuga la seguridad social con la conservación del ambiente.

Estas tendencias libertarias juegan su papel de oposición en el seno de la contracultura y en ocasiones suscitan movimientos aislados de pequeños grupos que prefieren separarse del establecimiento en una especie de monarquismo ambiental. Su ejemplo tiene valor de testimonio, pero deja intacto el esquema del poder y la orientación de los estilos de desarrollo que continúan su depredación en el centro de las decisiones. Las corrientes cercanas al anarquismo o al liberalismo radical se escapan de las malsanas corrientes de la actividad política, en las que se concentra la contaminación social. Prefieren, como las corrientes radicales del cristianismo primitivo, abandonar la gran prostituta a su propio destino y aislarse en oasis precarios de armonía.

9.4 El centralismo planetario

Dejando en la periferia cultural los modelos tribalistas del ambientalismo, las corrientes centrales que impulsan el actual modelo de desarrollo parecen inclinarse más a lo que podríamos llamar el centralismo planetario. La transnacionalización de la economía parece, en efecto, dejar atrás el esquema político de los nacionalismos liberales surgidos en la lucha competitiva de los estados por el dominio de los recursos. Algunos, como Toffler y Opheelus, creen incluso concluida la época de los sistemas democráticos, en razón de su ineficacia para controlar la crisis ambiental. Sólo el rígido centralismo de las decisiones a nivel planetario podría orientar la producción económica, teniendo en cuenta el sostenimiento de la productividad ecosistémica. Las corrientes del centralismo planetario tampoco están de acuerdo en la manera como debería organizarse el nuevo poder. Para algunos, como Ward y Dubos, se debería afianzar sobre la actual estructura reforzada de las Naciones Unidas. Otros como Falk piensan que es indispensable estructurar un poder central sobre bases nuevas.

10. Las esperanzas fallidas del nuevo orden económico internacional (NOEI)

De hecho, los esfuerzos por encontrar en la práctica internacional salidas a la crisis, se ha estrellado con la visión miope de los nacionalismos. Durante la última década lo que se ha visto ha sido más bien el impulso a los convenios bilaterales de país a país y el desestímulo a la coordinación internacional. La política actual de las grandes potencias capitalistas tiende quizás al progresivo desmonte o por lo menos al debilitamiento de las Naciones Unidas que se ha ido poblando de países recientemente decolonizados, con la consecuente presión política por un Nuevo Orden Económico Internacional.

El NOEI y la Carta de los Deberes y Derechos de los Estados, aprobados en 1974, representan la culminación de un gran esfuerzo de los países pobres en su lucha por acceder al desarrollo. El NOEI se planteó como una exigencia de los países en desarrollo para corregir las tendencias del actual modelo que venía y viene concentrando la producción y el comercio en las grandes transnacionales. La producción y comercialización de los productos básicos, como el trigo, el caucho, el plátano, el arroz, el petróleo, se encontraban en 1974 en manos de las grandes transnacionales en proporciones que variaban desde el 70 al 90 por ciento y sólo dejaban a los países pobres utilidades del 14 al 20 por ciento de las ganancias totales. Ello probaba que la estructura de la producción favorecía el desequilibrio creciente entre los países. De hecho, el comercio Sur-Sur venía disminuyendo igual que la proporción del mismo en el comercio mundial. La alta tecnología y los productos sintéticos desfavorecían igualmente a los países pobres, cuya producción se basaba en los recursos naturales.

Sin embargo, las esperanzas alimentadas en la década pasada de implantar el nuevo orden, han traído más frustraciones que realizaciones. De hecho no existen estructuras internacionales adecuadas, ni jurídicas ni administrativas, que corrijan las rígidas leyes del mercado internacional y por consiguiente la succión de los países pobres. La actual política conservadora de las principales potencias teme la aglutinación política de los países del tercer mundo en el seno de las Naciones Unidas y, por tanto, prefieren disolver los mecanismos multilaterales, para enfrentarse directamente con cada país en un diálogo desigual. Los intentos por establecer un nuevo orden internacional se han visto entorpecidos por la indiferencia o la abierta oposición de los países ricos, que han tomado las decisiones de la ONU como una simple petición de limosna, exigida por los países pobres que ellos no tienen obligación de otorgar. El derecho de cada país a explotar sus propios recursos, consagrado en el segundo artículo de la Carta de Derechos y Deberes de los Estados, no pasa de ser un derecho ilusorio, si se tiene en cuenta que la mayor parte de ellos están controlados por las transnacionales.

11. Ilusiones tercermundistas.

En la mayoría de los países del tercer mundo, el nivel de decisión política está demasiado ligado a los intereses transnacionales para aceptar la necesidad de un desarrollo alternativo. Por esta razón y por el sometimiento cultural endémico, la reflexión del tercer mundo sobre desarrollos alternativos refleja las corrientes de los países industrializados. Ante todo, en la cúpula de decisión política persiste el

apego a los modelos de desarrollo impuestos. A pesar de la crisis generalizada que ha acompañado el endeudamiento externo de la presente década, ningún político latinoamericano ha planteado la necesidad de virar el sentido del desarrollo.

La discusión se centra no en cómo buscar estilos alternativos de desarrollo adaptados a los ecosistemas del trópico y que busque prioritariamente la satisfacción de las necesidades básicas de la población, sino en cómo solucionar éstos problemas dentro del actual estilo de desarrollo. Ello significa aumento del endeudamiento externo, extensión indiscriminada de la frontera agrícola, modernización de la estructura agraria para incrementar las exportaciones, crecimiento desordenado de las ciudades, con las consecuencias sobre los ecosistemas y la desarticulación creciente del sistema social. La crisis social está íntimamente vinculada al deterioro ambiental. La vida parece ser un conjunto solidario que no se deja dividir en fracciones o en compartimientos científicos. Las relaciones con los ecosistemas están indisolublemente ligadas a las formas de organización social. Un ambientalismo integral debería plantearse decididamente en el terreno de la organización política, para promover, como lo pedía el seminario de Cocoyoc, estilos alternativos de desarrollo.

12. Elementos para un desarrollo alternativo

Desde un punto de vista ambiental se pueden definir algunos elementos básicos para el establecimiento de estilos alternativos de desarrollo. Algunos de ellos ya han sido propuestos por los modelos de ecodesarrollo, sustentados por Maurice Strong en las primeras sesiones del Consejo de Administración del Pnuma y discutidos a nivel latinoamericano entre otros por Sánchez y Sejenovich. Entre las innumerables características que podrían enumerarse, se pueden definir al menos las siguientes:

1. Desarrollo sostenido adaptado a la estructura de los ecosistemas tropicales.
2. Desarrollo de una tecnología adecuada a los ecosistemas y a la utilización intensa y sostenida de sus recursos y a la máxima utilización de la mano de obra.
3. Estructura de producción agrícola dirigida a la satisfacción de las necesidades básicas y consecuentemente a la autonomía alimentaria del país.

4. Planificación del proceso de asentamientos humanos que desconcentre la población y posibilite un trabajo creativo.
5. Organización de la industria productiva orientada a la satisfacción de las necesidades básicas.
6. Investigación volcada sobre las características y posibilidades de utilización tecnológica, pero sostenida de los ecosistemas tropicales.
7. Educación dirigida a la comprensión de las relaciones inmediatas de la comunidad con el entorno ecosistémico y con el medio social.
8. Formación universitaria orientada al conocimiento interdisciplinario de la realidad y al impulso de nuevos estilos de desarrollo.
9. Participación comunitaria en el diagnóstico y planificación del desarrollo.

Un programa mínimo como este implica necesariamente, como lo comprendieron los expertos de Cocoyoc, la ruptura del modelo transnacional de desarrollo, cuyas características se sitúan exactamente en el lado opuesto de las propuestas presentadas. El estilo transnacional implica un desarrollo concentrador de los recursos investigativos, de capital y de recursos naturales. Implica, en consecuencia, el dominio tecnológico y, por tanto, la exportación de técnicas inadecuadas a los ecosistemas y a las características culturales de los pueblos. Conlleva un proceso de homogenización cultural, favorecida por los medios de comunicación.

La ruptura con el modelo transnacional no significa necesariamente el regreso a una autarquía neotribalista y utópica. Las ventajas comparativas de los ecosistemas exigen un intenso intercambio mundial de productos. La confluencia de riquezas culturales diversas, tiende a favorecer la diversidad cuando dicho intercambio se da con base en la igualdad y no en el dominio colonial. En este sentido, las relaciones internacionales se modificarían hacia la complementación de recursos, servicios y aportes culturales y no, como sucede en la actualidad, en el saqueo de los recursos, por las discretas leyes del mercado y en la pérdida de la heterogeneidad cultural. Sería una nueva forma de transnacionalización que permita y estimule la creatividad de las culturas. Pero ante todo, un desarrollo alternativo favorecería la calidad sobre la cantidad, porque la vida no es la acumulación cuantitativa de materia, sino su diversificación cualitativa.

